

Prólogo

Extrañando lo femenino

La última gran «gracia» que la cultura occidental heredó del marxismo se puede encontrar en el discurso del feminismo radical, ciertamente socialista. Si entiendo bien a Karl Marx, su legado comunista pretendió resumir la historia de los seres humanos en la lucha constante entre ricos y pobres. Es decir, mientras exista una radical «diferencia» entre el poder adquisitivo de los ricos en relación con los menos afortunados, los primeros optarán invariablemente por abusar de la dignidad, del trabajo y del tiempo de los segundos.

En ese sentido, no sorprende que Frederick Engels llevara esta teoría al borde de un gran abismo que parece no mostrar su fondo. El autor del libro *The Origins of the Family, Private Property and the State* (1884) extrapoló el materialismo dialéctico marxiano a lo que algunos denominan la «guerra de los sexos». Pero ¿cuál es la idea central que el alumno predilecto de Marx pretendió explicar? Me parece que es algo muy sencillo: mientras existan diferencias radicales entre el hombre y la mujer, particularmente en la familia, la ley del más fuerte (el varón) se habrá de imponer como una «luz negra» que opacará el precioso prisma de la realidad, siendo la

mujer, por consiguiente, maltratada y abusada por ser considerada el sexo «débil».

Frente a este escenario no muy esperanzador, una solución lógica puede asomar su rostro amable y atrayente: destruida la diferencia entre hombre y mujer, destruida la familia y por lo tanto destruido el mal. En otras palabras, si eliminamos las diferencias sociales y culturales entre el hombre y la mujer, se acabó el problema. A esta insospechada tarea se dedicaron varias feministas radicales del siglo XX. Tal vez la más destacada de todas fue la pensadora francesa Simone de Beauvoir (1908-1986) autora de aquel célebre aforismo: *On ne naît pas femme: on le devient* (una no nace mujer, una se convierte en mujer). A continuación, la autora afirmó categóricamente que es la misma sociedad la encargada de construir una especie de *quimera* que Beauvoir denomina el «macho castrado», pero que el mundo entero llama «mujer». Esta idea dio origen, con el tiempo, a lo que los estudiosos llaman la diferenciación entre sexo (lo dado naturalmente) y género (lo construido culturalmente).

Agotar la complicación que abarca el profundizar en los estudios de sexo y género exceden los alcances de esta reflexión. Con gusto se la dejo a la socióloga alemana Gabriele Kubly y su gran obra *The Global Sexual Revolution*; o bien a los pensadores argentinos Nicolás Márquez y Agustín Laje en su controversial libro *El Libro Negro de la Nueva Izquierda*. Sin embargo, podemos resumir sus tesis del siguiente modo: la *mujer*, como quien trata de encarnar a un héroe mitológico de antaño –como *Hércules*– decidió enfrentarse en batalla a su archi-enemigo *Hydra* –el monstruo de las mil cabezas que al perder una de ésta genera otras dos. ¿Qué podemos entender del drama expuesto? Parece ser que el proyecto marxista-engeliano, retomado por el feminismo radical izquierdista, pretendió «cortar la cabeza» del varón. Pero, como era de esperarse, las cabezas de la temible *Hydra* no dejaron de crecer

para enseñarnos sus temibles fauces y acosarnos con su aliento fétido de destrucción. El resultado es muy simple: a comienzos del siglo XXI, la bestia de las cuatro cabezas (LGTB) parece estar ganando la batalla.

Entre otros modos de corroborar esta tesis –estadísticas, películas y series televisivas–, se puede percibir en el discurso político y en la opinión pública una cierta ambigüedad al momento de hablar de temas relativos a la diferencia radical entre el hombre y la mujer. A lo sumo, se puede aludir a la necesidad complementaria que tiene uno para con el otro, misma que puede ser análoga a otros «estilos de entrega» sexual que hoy día se promueven como normales, lícitos, incluso deseables, suprimiendo «la idea de normalidad, de eliminar la realidad de una naturaleza independiente de la voluntad», como afirma Alejandro Navas. En consecuencia, ya no es posible referirse a la natural diferencia masculina y femenina que –muy alejada del forzado *eros* permanente que quiso explicar Freud– se une en la fecundidad que genera vida humana, como diría el Cardenal Angelo Scola.

En ese sentido, se extraña aquella época en la cual *ellos* –los hombres– se dedicaban a acarrear los materiales, iniciar los procesos, matar el animal y traerlo a casa, arriesgándolo todo por sostener el hogar, sublime casa «encendida» –diría Luis Rosales–. Mientras tanto, *ellas* –las mujeres– convertían aquellos ladrillos, maderos, costales de habichuelas, patas, zanahorias, y cuanta cosa sea posible meter en el perol, en cultura: en el modo de cultivo que humaniza personas. Querámoslo o no, siempre que se ha dado la unión entre un hombre y una mujer, unidos bajo un mismo techo –su *hogar*– dando su vida por generar y cuidar vida, ha sido posible la edificación de la cultura humana, enfrentando la contingencia, la adversidad, y particularmente la muerte.

Dejando a un lado la tentación de hacer afirmaciones un tanto eclécticas, y mucho menos en aras de convertir esta reflexión en

una exposición de nostalgias sin sentido, considero de gran importancia afrontar la realidad: nuestra cultura ha cambiado hacia un rumbo que se antoja difícil de rectificar en el corto plazo. Tratar de reconstruir un mundo nuevo y arbitrario, mientras que el hombre y la mujer se ven opacados por el discurso ideológico de «diversas» formas aparentes de ser persona humana, será una tarea difícil... pero no imposible. «Este mundo llegará a su plenitud – afirma Jutta Burggraf– en el momento en el que ambos sexos le entreguen armónicamente su contribución específica». Bajo esta misma óptica, hay quienes afirman que la tarea de reconstrucción del mundo de las personas debe ser puesta en manos de las mujeres y su *gran genio*, como le afirmó San Juan Pablo II. A mi modo de ver, esta tesis puede no estar tan alejada de la realidad.

Sin embargo, el problema de lo anteriormente mencionado es que dicha postura es apoyada por las mismas feministas radicales que, desde mi punto de vista, odian todo lo que hasta ahora hemos comprendido como lo femenino. ¿Qué es lo específicamente femenino? Tal vez no encontremos una respuesta concreta a esta cuestión, pero se puede afirmar que cada vez lo echamos más en falta. «Me parece que nuestro principal problema –nos dice mi maestro Rafael Alvira– no está en las bombas atómicas, en el paro o en la droga. A mi juicio, lo más grave que nos sucede es la progresiva desaparición de lo específicamente femenino, en una situación que se caracteriza –como toda modernidad– por el predominio del poder, es decir, del elemento masculino, que es principal».

Ante esta valiente enunciación, me atrevo a afirmar que la verdadera contribución de la mujer en medio de una sociedad que se desquebraja interiormente comenzará en el *hogar familiar*... por más que le pueda molestar a Engels, a Marx y a cierto colectivo ideológico que ven con sospecha –que más bien puede ser añoranza– todo lo que pasa en un hogar con hijos. La razón de esto es que hablar de familia es hablar del hogar, el espacio físico que ocupa

una familia. Y si podemos hablar de la posibilidad de reconstruir el último gran bastión, la última gran frontera de batalla contra la cultura de la muerte que tanto desagradó a San Juan Pablo II, ese lugar sin duda tendrá que ser un lugar eterno, a saber, el lugar al que se vuelve: *el hogar*.

Sin hogares habitados por familias sólidas no hay sociedad posible. Y bajo la óptica del bienestar de la vida de los hijos —que sólo un padre y una madre pueden contemplar de modo entrañable— la importancia radical del rol materno en su propio hogar, frente a sus propios hijos y esposo, se desvelará con una fuerza sanadora en total consonancia con su «carisma» específico —como diría G. K. Chesterton. A estas y otras reflexiones nos invita el brillante libro que tiene usted en sus manos: *El Privilegio de Ser Mujer*. No ha de sorprender que sea una mujer quien lo haya escrito, Alice von Hildebrand... es un honor para mí ponerlo a disposición de nuestro amado mundo hispánico.

* * *

Es importante rendir homenaje a todas aquellas personas que apoyaron desde sus diversas trincheras la elaboración de esta primera traducción de la obra de Alice von Hildebrand, *El Privilegio de ser Mujer*. Agradecemos especialmente a Mauricio Sanders Cortés y a Carolina Villarreal Romo, por su especial colaboración con la traducción textual y literaria de la obra, así como la adecuación de estilo; al Profesor Allan Carlson (*Hillsdale College*) y al Profesor Rafael Alvira (*Universidad de Navarra*), por su apoyo incondicional durante los últimos dos años de diálogo académico, en los que esta traducción fue nutrida con ideas profundas en diversos congresos y simposios relativos a la temática que nos compete; al Prof. John H. Crosby, presidente fundador del *Hildebrand Project*, quien tuvo la visión de abrir «brecha» y arriesgar tiempos y

movimientos para que esta obra llegue por fin al público hispano. Finalmente, a Ediciones Universidad de Navarra S. A. (EUNSA), por siempre ver con «buenos ojos» todas las obras que hasta el momento hemos publicado en relación a la temática familiar y doméstica, vista desde la óptica de la paternidad y la maternidad¹.

Rafael Hurtado
Universidad Panamericana, Campus Guadalajara
11 de septiembre de 2019

1. Es importante señalar que, para esta primera traducción de la obra de Alice von Hildebrand al castellano, se realizaron ciertos ajustes de estilo al texto original tomando en cuenta la sensibilidad del público hispánico. Se añadieron también algunas notas explicativas que permitan una mejor comprensión de la idea básica del texto. Finalmente, además de añadir el presente texto introductorio, se optó por complementar la obra con un epílogo: *Cuerpo de Madre*, reflexión que procura exaltar el *privilegio de ser mujer*, visto desde la maternidad.